

LA TRILOGÍA DE VINCENZO BATTAGLIA, OFM: BELLEZA Y CRISTOLOGÍA

FRANCISCO HENARES DÍAZ

Antes de nada, me permito indicar cuál es la intención de estas páginas mías: 1.- No son un estudio sistemático de la ya ancha cristología que lleva entre manos este franciscano. 2.- Son un acercamiento-recensión a favor de un lector no muy informado acerca de un modo de hacer teología, que o bien le pueda ayudar para su propia vida espiritual; o bien le descubra caminos que no esperaba. En especial si es un alma sensible. 3.- Sin la menor duda aquí persiste un agradecimiento al autor por su contribución a una cristología óptima para el siglo XXI. Pienso tal también de modo ecuménico, puesto que la belleza es juntura, lazo de uniones (“trabazón y cohesión por medio de toda clase de junturas”, Ef. 4, 15) ¡Ojalá tenga esta obra repercusiones entre las distintas confesiones cristianas! 4.- Y, en fin, me detengo por ahora solo en la reciente obra publicada, la que cierra la trilogía.¹

V. Battaglia, ex decano de Teología en el *Antonianum* (Roma), viene trabajando desde hace más de 30 años bajo un talante de la cristología que nos llena de satisfacción. Gira en torno a la *via pulchritudinis*, y se acoge, por tanto, a la teología estética en la contemplación del Señor Jesús. El tema no es extraño, y hasta goza, en siglos anteriores y en tiempos actuales, de muchos grados, desde los Santos Padres hasta San Bernardo, Sto. Tomás y San Buenaventura, y desde éste a P. Bérulle (1575- 1629) y la escuela fran-

¹ Battaglia, Vincenzo: *Sentimenti e bellezza del Signore Gesù. Cristologia e contemplazione*. Ed. EDB. Bologna 2011, pp., 251, 24 x 17 cm.

cesa correspondiente. El momento actual postmoderno, a su vez, abre puertas a una teología que es hartamente sugerente y atractiva.

Me estoy leyendo estos días un libro (A. Herman: *La idea de decadencia en la historia occidental*) sobre el mal en la historia y en la cultura occidental, y el influjo de esto en el pesimismo secular europeo, y en países hijos de Europa (EE. UU. por ejemplo). Me preguntaba yo: ¿para cuándo entonces un optimismo? Y me contestaba al leer a Battaglia: cuando volvamos a redescubrir la belleza del Señor Jesús, que el Padre nos ha ofertado, y que orea actualmente el Espíritu Santo en la Iglesia. Además, el tema de la estética en punto a cristología y mariología ha llenado de pinturas, esculturas, músicas y literatura grandes trancos de historia. Quizás no lo ha hecho, con similar intensidad, la teología. Al menos de este modo que, por gracia de Dios, ahora vemos. El A. dedicó páginas, con mucho de ese talante, a una obra: *Cristología e contemplazione. Orientamenti generali* (EDB 1997); a otra, *Il Signore Gesù Sposo della Chiesa. Cristología e contemplazione* (EDB 2001), y a esta, que ahora culmina la trilogía. En el *interim* salió a luz *Gesú Cristo luce del mondo* (2007), que es un manual para uso de estudiantes. En todos cuatro se respira ese “ventalle de cedros que aires daba”, como expresa Juan de la Cruz, un poeta-teólogo, precisamente. Brilla, por tanto, aquí una relación íntima entre vida intelectual y vida espiritual. Con esos dos cayados (*fides et ratio*) se caminan las trochas de la gran peregrinación hacia el Padre. El gozo de los pasos es gozo trinitario. Todo son veredas, todo puentes. Estamos hablando de un proyecto teológico y formativo, en el que el “tercer punto de fuerza se constituye por el recurso a la *via pulchritudinis* en cristología: se presupone que los sentimientos son epifanía de la belleza, son vía de acceso a la belleza divina y humana que resplandece sobre el rostro del Señor Jesús” (pág.17).

Dice bien el A. que “buscando tejer juntos sentimientos, belleza y corporeidad, ha esbozado una reescritura teológica de la vida de Jesús” (pág. 16). Importa, pues, el método seguido y el trato dado. Es curioso lo ocurrido desde hartamente tiempo: se daba la impresión de que un *tratado de teología* no debía interferirse con ponerse en contemplación ahí mismo, y de trecho en trecho entre páginas, como costumbre. Aquí ocurre lo contrario. Lo alabo. ¿A qué saber teología si no oro con ella misma sobre la marcha? Saber es sabor. Volver al paladeo de la belleza, como entre los místicos, se llama regusto.

La obra que ahora reseñamos se estructura a través de seis capítulos, del modo siguiente: en una *Introducción*, que no es puro cumplimento de trámite, ya se nos esbozan los planes y planteamientos futuros. El autor los titula - para aviso de caminantes - “alcune premesse” (pág.10), y van éstas

referidas a “sensibilidad, afectividad y vida de fe”. E inmediatamente, dedica un puñado de páginas a la “*structura della trattazione*”. Insisto en que nos llegan como aviso, puesto que todo el ancho capítulo primero se dedicará al *proyecto teológico y formativo* en el que anda metido el autor desde hace más de treinta años.

El capítulo primero nos sitúa en algo así como una propedéutica más que necesaria. Para quien no sea un especialista – y supongo que tal ocurre con bastantes lectores ahora mismo- este capítulo es todo un apercebimiento del tesoro *abscondito in agro*. Era obligatorio explicarle al lector por dónde van los estudios en torno a belleza y teología, a los avances en los últimos 50-60 años, y en la imponente vuelta y actualidad de la temática, vista la bibliografía que reina hoy en un mundo que quiere llamarse post-moderno, y que en lo mejor de sí culturalmente trae apertura de puertas y ventanales por donde entra aire fresco. Como pasa siempre, la renovación viene de volver los ojos a los clásicos. No hace falta ser muy lince para comprobar que estética y teología había sido hontanar muy querido de los Santos Padres, de los grandes doctores medievales, y de un sinnúmero de artistas. En cambio, los siglos de la Reforma, a partir del XVI y consecuente pensamiento contrarreformista, se habían liado la manta a la cabeza con otras lides. Posiblemente, el luteranismo, con la *natura damnata* de por medio, mostrando la cara más agria, más recelosa y más desazonante del ser humano; y la Contrarreforma, a su vez, imponiendo su rostro más defensivo, riguroso, y hasta moralista-minimista, colaboraron en tal puesta en escena. Al menos, mucho de esto pasó a los siglos posteriores y duró hasta hace poco como influjo duradero.

He aquí por qué la resurrección de algo tan determinante como la belleza de la Historia de la Salvación, que es plan de Dios Padre enviándonos al Hijo (el *Acontecimiento*) y moviéndonos la fuerza del Espíritu, se convierte, de nuevo, en motivo de fruición en tiempos postmodernos en los que los sentimientos parecen decirnos algo más allá del puro cientismo y de lo demostrable como única posibilidad de enfrentarse a la realidad.

Para ello, nada más entero y certero que poner ante los ojos la cristología, que es central en teología, y dentro de esa cristología *divertirse* (en el sentido etimológico de buscar otras vías) por los sentimientos del Señor Jesús en la seguridad de que encontramos la suma belleza obtenida como un don. Sin el capítulo primero existiría aquí el peligro de perderse, merced al vasto campo que nos ocupa, y eso aun aceptando que los muchos estudios sobre tal temática son otro don de los teólogos, hasta el punto de que la belleza – en sus variedades- se ha convertido en un locus *theologicus* imprescindible, y de muchas vías transitables. Motivo de gozo, ya que la

belleza junta, y la fealdad separa. Y Cristo *ha roto el muro que los separaba* (Ef. 4, 14). Apliquemos tal también al muro de las incomprensiones y dificultades de hoy en campo tan inmenso. Battaglia hace de guía, como otro Dante, en esta cristología, no solo al hablar de estética teológica, sino por colocar ahí los sentimientos del Señor Jesús. De salida, nos advierte del “variegato mondo” de los sentimientos. Hay que agradecerle todas esas páginas iniciales de antropología, o de fenomenología de la afectividad. Y hay que agradecerle la abundante, y siempre oportuna, bibliografía esparcida en las notas a pie de páginas, auxilios para divertirse, si es que uno pide *saber más*, como ahora acostumbran a hacer los artículos de revistas. Y, en fin, hay que agradecer que preponderante bibliografía sea en italiano. La bibliografía inglesa y alemana, exclusivista hartas veces, también tiene sus cerrazones, reconozcámoslo.

Avancemos. Ante el sentimiento estético surge una propuesta teológica. “Un sentimento in senso proprio – R. de Monticelli dixit- é una disposizione del *sentire* che comporta un *consentire* più o meno profondo all’essere di ciò che la suscita, o un più o meno profondo *disentire* da questo, e un *atteggiamento* caratteristico nei confronti di questo essere, capace di motivare altri sentimenti, emozioni, passioni, scelte, decisioni, azioni e comportamenti” (pag. 19). Prosigue diciendo esta fenomenóloga italiana que existe una continua ósmosis entre el sentir y el querer, tender hacia, o hacer. De ahí que la persona sea sujeto juntamente del sufrir y del hacer. La propuesta teológica parte de que negar o no insistir en los sentimientos de Jesús anda en neto contraste con la conciencia cristiana más viva. Entre otras grandes razones porque el sentimiento se presenta como mundo del sujeto, como un estar en el mundo, con esa ambivalencia de dato y de proyecto. Una *encarnación* sin esto sería un imposible. En este caso, un contradiós. No extraña, por tanto, que Battaglia, en ese momento, coloque como foco central a Filp. 2, 5: “tened en vosotros los mismos sentimientos de Cristo Jesús”. Y el famoso himno cristológico que ahí se introduce (2, 6-8; 2, 9-11): junto al Padre, preexistente, pero a la vez, encarnado, nos invita a una inspección de sentimientos. Lo cual exige un método de indagación, o de interpretación, a fin de no infravalorar a Jesús como persona. A ese método se dedican unas ajustadas páginas (22-31). De hecho, “el recurso a las ciencias humanas” entra ahí como rodado, porque contribuye a adquirir una mejor comprensión de la afectividad y de los sentimientos de Jesús. El material de los evangelios, efectivamente, y su lenguaje a la hora de los sentimientos del Hijo de Dios hecho hombre, bien sea en su relación filial con el Padre, bien en su relación salvífica-sanadora para con todos los seres humanos, resulta imprescindible. Y como Battaglia ha escrito un texto en el

que es central la contemplación, añade que la investigación resulta preciosa, cuando, a la par, examinamos la experiencia que el cristiano interioriza compartiendo los sentimientos, la afectividad y el talante de vida del Señor Jesús. En definitiva, siempre serán tales sentimientos de Jesús los transfigurados en su vida gloriosa en la cual existe ya mismo, exaltado por el Padre, con la potencia del Espíritu Santo.

En esta indagación sobre la fisonomía afectiva de Jesús (hermenéutica al canto) el primer principio obligado consiste en tomar cuenta de la conciencia que Jesús tenía de sí mismo. Nos conviene recordar la perfecta armonía entre el nivel ontológico y el psicológico de la persona del Verbo encarnado. A saber: unidad de persona, dualidad de naturalezas. El segundo principio es hacer lo propio con los dos niveles de manifestación de la conciencia humana; es decir la conciencia vivida o inmediata (*atemática*) y la conciencia refleja o mediata (*temática*). El tercer principio se centra en observar el desarrollo y la madurez de la experiencia humana y espiritual llevada a cabo por Jesús. Y en fin, conviene parar mientes siempre en la conciencia filial (*Abba*) que es el fundamento de su misión. De ésta precisamente es posible deducir sus sentimientos, o *su mundo interior*, como se usa decir ahora. Tales sentimientos van unidos a los valores que se nos ofrecen: el reino de Dios, las bienaventuranzas, las parábolas, los milagros, la oración, el *Padre Nuestro* como buque insignia. Urge, empero, una advertencia: se debe evitar, antes de nada, una interpretación que se inunde de un tratamiento puramente psicológico, ya que no existe tal en los evangelios. Los evangelios no son un tratado de psicología aplicable a cada paso. Y otra advertencia, de corrida: sería defectuosa, por igual, una desconfianza acerca de la conveniente indagación en tales sentimientos, echada hacia la contemplación de la figura de Jesús. El material narrativo de los evangelios está ahí, y solo habrá que evitar sentimentalismos o intimismos de corto alcance. Por supuesto que una lectura histórico-crítica y teológica de los misterios de la vida de Cristo fundamenta la mentada investigación. Prosigamos con el capítulo primero.

1.- Narramos porque admiramos.

Admirar y narrar la belleza del Señor Jesús corren ambas a un son, es decir, la encarnación, la muerte (*y muerte de cruz*), el crucifijo resurrecto, el esposo de la Iglesia, *lleno de gracia y de verdad* (Jn. 1, 14) son belleza suma. Corre, por igual, un camino que va del lenguaje de los sentimientos al lenguaje de la belleza. Estamos, pues, ante los sentimientos como epifa-

nía de la belleza. Si el salmista pide siempre *ver el rostro de Dios* como deseo máximo, aquí tiene la aparición esplendente de la faz del Señor Jesús.

Es ese el momento de dedicar (pp. 32-46) a la *via pulchritudinis* en cristología otro haz de páginas verdaderamente sugerentes. Pero hace bien Battaglia en apuntar cuán vasta y cuán compleja es una indagación desde ahí adelante. Por una razón principal: por la cantidad de disciplinas que se entrometen en mescolanza plausible, abierta a muchos materiales de construcción. ¿Cómo hablar de belleza en teología sin contar, en la trama textil, (en el *texto*, efectivamente) con todo lo traído por la iconografía, pintura, escultura, arquitectura, poesía, teatro, cine, música, técnicas actuales de comunicación, publicidad, vídeos? La dificultad acecha, ya que son muchos los lenguajes, muchos los códigos a descifrar, y encima todo esto se adentra, sin remedio, en los ámbitos de la espiritualidad, la mística, la liturgia, la santidad, el *sensus fidelium*, la pastoral... Pero no lo dudemos, subyuga acudir a *la fuente que mana y corre* (así hablaba Juan de la Cruz) *aunque es de noche*, a saber, aunque la dificultad de sobrellevar los amplios campos sea mucha, y más en la noche de un mundo bastante deshabitado como el actual al símbolo religioso y al conocimiento de la cristología. Queda entonces muy a propósito la cita de Evdokimov (pág. 33) cuando afirma lo expresado por Jesús: *Yo soy la Verdad*. Ha querido decir: *Yo soy la Belleza*, porque cada belleza es una de las representaciones de la Encarnación. Aquí, por tanto, hay más que estética. A Battaglia siempre le ha gustado la otra cita de Pablo VI cuando habló de esta teología, y luego recogió Juan Pablo II, en su *Carta a los artistas*.² Y, justo diez años después, para conmemorarlo, Benedicto XVI ha proseguido el discurso en un encuentro con los artistas en la Capilla Sixtina, insistiendo en que la belleza, más allá de sí misma, es decir, “di affacciarla sull’abisso dell’Infinito, può diventare una via verso il Trascendente, verso il Mistero ultimo, verso Dio”. Lo concluyente es que la belleza es una cualidad muy apropiada para el Hijo de Dios. Antes (pág. 28), Battaglia se detuvo en cómo Tomás de Aquino fue el primero que trató de los misterios de la vida de Cristo y cómo la ejemplaridad de ellos llenaba la vida cristiana. La vida de Cristo era una *instructio*, en efecto. Ahora con San Buenaventura, vemos cómo la revelación divina

² Acudo al fragmento siguiente del Papa: “... secondo cui lo stesso storico della teologia farebbe opera incompleta, se non riservasse la dovuta attenzione alle realizzazioni artistiche, sia letterarie che plastiche, che costituiscono, a loro modo, non soltanto delle illustrazioni estetiche, ma dei veri *luoghi* teologici” (34).

en sus tres términos cristológicos usuales (Hijo, Verbo, Imagen) en cuanto vivimos tal apropiación nos lleva a la sabiduría, la verdad y la belleza. En el *Breviloquium*, la belleza (*species*) se asigna al que es Imagen y Verbo, a saber es sumamente bello. Precisamente – deteniéndose en San Buenaventura- se nos confirma en el primado de la vida afectiva en la vida espiritual (pp. 45-49). Brevemente, a su vez, se acercará a quien es quizás el teólogo más declarado respecto a la teología estética, y por tanto sumamente estudiado. Hablamos de H. Urs von Baltasar. Su método de la *analogía del ente* le hace partir no de un ser abstracto, sino de cómo se encuentra en sus propiedades fundamentales, que son lo bello, lo bueno, lo verdadero y lo uno. Lo uno es omnipresente en todos los otros tres. La estética, por tanto se entiende como una actividad de belleza, porque Jesucristo, revelando a Dios Padre, es la figura histórica a través de la cual la Trinidad difunde en el mundo la gloria deslumbrante de quien es la cima y cabeza del Universo. Siendo Hijo de Dios es hombre a la vez. De ahí la gloria y esplendor en los planes salvíficos divinos (pp. 36-37).

En un mariólogo como Battaglia es imposible que toda esa belleza no encuentre esa otra cima que es la Virgen María, leyéndola precisamente en clave pneumatológica como recomendaba Pablo VI. María es Madre de la Iglesia y es modelo de toda la Iglesia, y maestra de vida espiritual. Y a partir de que María queda como partícipe, en modo singular, de los sentimientos de Jesús, su hijo, la *via pulchritudinis* es una atracción de belleza para pobres y humildes, y esto porque María recibe el don del Reino de Dios, o sea, contempla la belleza del Hijo, la guarda en su corazón; la belleza que da la elegancia de la humildad, culminada junto a la cruz, sufriente. De ahí que sea glorificada por la Santa Trinidad (así la muestran infinidad de lienzos de grandes pintores) y por la Iglesia. La santidad cristiana es una belleza excelsa, ciertamente visible en la asimilación a Cristo, en la expansión del *sequere me* pedido por él mismo. Partícipes por el Espíritu Santo de la santidad del Señor Jesús, la Iglesia fiel participa de la revelación luminosa de la belleza del Padre, que es fuente de toda santidad. Esposa y cuerpo de Cristo recibe el don que adorna al esposo. Irradia. Y la belleza es claridad en la gran tradición estética de Occidente y Oriente.

Este denso capítulo - al que asimilamos antes a una propedéutica necesaria- acaba (y lo hacen todos los demás capítulos siempre) recogiendo en plegaria: “un invito a sostare in preghiera. I testi proposti vorrebbero favorire una breve sosta per interiorizzare alcuni dei concetti salienti e per tradurne l'intimo significato spirituale sotto forma di lode e di invocazione rivolte al Padre, per mezzo del figlio Gesù Cristo, nello Spirito Santo, in comunione con la vergine María e con tutta la Chiesa (pág.16).

Que no nos falte la contemplación. En este final de capítulo lo hacemos con el famoso *Dulcis Iesu memoria*, el himno de un cisterciense del siglo XII (y también de nuestro coro de jóvenes teólogos hace años); lo hacemos con una letanía a la Virgen del Rosario, de Pablo VI, que quiso llamarla *Letanía senza fine*, quizá para que nosotros le fuéramos añadiendo versículos hasta hacerla interminable de loa gloriosa. Creo un acierto este modo de allegarse a la teología, porque saber por solo saber es necia vanidad; pero puerilidad mayor si acontece con la teología. Battaglia dedica siempre al final algún himno, un poema, una página de un Diario, un testimonio, como parada y fonda. Como si dijera en un suspiro: bueno será detenernos aquí, porque llega un fragmento de Tabor. Quizás, porque necesitamos pararnos a meditar, efectivamente, pero quizás también porque lo que busca es que el lector prosiga el viaje luego por su cuenta, a saber: que nos encontremos ante una ocasión de intercambio – dice- de diálogo, de confrontación enriquecedora. *A Dios den gracias los pueblos, alaben los pueblos a Dios*, con esta suerte de métodos.

2.- Los tres siguientes capítulos

El capítulo segundo (pp. 65- 97) se extiende en un tramo de la estética cristológica. Nada hay más bello que parecerse a Jesús, conformarse con él. Atado a Nicolás Cabasilas, el autor espiritual bizantino del siglo XIV, comprendemos que Cristo generándonos a la vida nueva – Pablo hablará de *parto* en Rom. 8 - infunde en los bautizados una vida que libra de la corrupción, pero más propiamente nos plasma a su imagen, nos infunde sus formas. El lenguaje de asimilación, de parecerse a partir de un parto y engendramiento, asoma incesante. En España el verbo *parecerse* se usa hartas veces como que “le ha salido a”, es decir, este hijo le *ha salido* a su padre, se le parece cantidad. *La gracia de la conformidad* (pág. 66) es el don máximo otorgado a cualquier cristiano. En cristología eso significa todo un programa de vida espiritual. Un programa de belleza. Entre las conexiones del parecerse entra la de la unión sponsal del alma con Cristo. Una espera que siempre aguarda cumplimientos definitivos: las bodas con el Cordero. Mientras van llegando éstas, la experiencia cristiana (H. de Lubac dixit), conduce al místico, al creyente más allá de sí mismo, “en la dirección del Fontanar que no cesa de colmar el vacío”. No es solamente participación de la experiencia de Cristo, sino participación de la Realidad de Cristo (pág. 67). Lo que queda en pie es que *de su plenitud todos hemos recibido* (Jn. 1, 16). Y como hijos adoptivos vivimos la pertenencia a la Iglesia, bajo la guía del espíritu Santo.

Participar en el misterio pascual, como conformidad a Cristo, es típico del lenguaje de San Pablo, y en este sentido acaece un torrente de vida (Filp. 3, 10-11). Pablo ve toda la gracia recibida para que se pueda conocer la potencia de la resurrección, la comunión con los sufrimientos, haciéndose conforme a la muerte de Cristo, en la esperanza de alcanzar la resurrección de los muertos. Todo es como un proceso de conformación- transformación. En esa transformación de nuestro cuerpo mísero en el cuerpo glorioso de Cristo se halla el cumplimiento de la acción salvífica de Dios. Por esa parte y no por otra, los sacramentos son obra de Él, de *cuya plenitud hemos recibido*. Lo es el bautismo de modo principal. Lo es la santa misa, la cual con las dos partes, de liturgia de la palabra y eucarística, constituyen un solo acto de culto, (Constituc. de Liturgia, S. C. númº 56). Cristo se hace presente en ambas partes. La Iglesia ha venerado siempre las Escrituras y el Cuerpo de Cristo. De modo pertinente la eucaristía *hace* la Iglesia, cuerpo y esposa de Cristo, escribió Battaglia en un artículo en la revista *Ricerche Teologiche* (año 2004). De ahí que exista un “fundamento cristológico de todo el hacer virtuoso del cristiano” (pág. 75). Cristología y moral son, pues, inseparables. Hijos en el Hijo, una teología moral fundamental, según han escrito Tremblay-Zamboni (*Figlii nel Figlio*, EDB, 2008). Obviamente, las pp. 75-86 fundamentan este aspecto parenético del capítulo. Jesús es maestro y modelo de toda perfección. Él es ley viviente y personal, como diría Juan Pablo II (*Veritatis Splendor* 15) hasta el punto de que Cristo sea siempre fuente de la moral cristiana. El *sequere me* no se entiende sino como *adherirse* a la persona misma de Jesús.

A ese caudal de la conformidad con Cristo estamos abocados, bajo la guía de nuestro autor. Solo que volviendo, igualmente a una teología estética ahora montada en la espera del cumplimiento, como ocurre en la unión esponsal. Es el momento de repetir que toda la tradición occidental y oriental confirma que la figura de la relación esponsal jamás queda al margen de la comunión entre el Señor Jesús y la Iglesia. Recordemos que una de las obras de la trilogía de Battaglia (la del 2001) llevaba por título precisamente *Il Signore Gesù, sposo della Chiesa*, y en el 2005 en un libro colectivo (F. Pilloni, ed.) publicó un trabajo con este título: *Cristología e mistica nuziale. Prospective di ricerca*. Llamados, pues, a las bodas con el Cordeiro, con lenguaje apocalíptico, la belleza redundaba en poder oír: *el espíritu y la esposa dicen: ven Señor. Y el que oiga, diga: Ven pronto, Señor* (Ap. 22, 17- 20). Todas las últimas páginas entre *eros* y *agape* y entre el amar al esposo como éste ama, y San Bernardo al oído, no son otra cosa que belleza esponsal. Belleza de sermones, advirtámoslo también, con un componente afectivo, digno del santo Bernardo, que llega a decir preciosamente:

“Talis coniformitas maritat animam Verbo... Ergo si perfecte diligit, nup-sit” (pág. 93). Difícil decirlo mejor. El mismo San Bernardo se apoya en que si Dios es amor (véase 1 Jn. 4, 16), le cuadra al Hijo la proclamación de esposo. La larga lectura eclesial, ininterrumpida a través de siglos, del *Cantar de Cantares* es la demostración de una coincidencia exegética sin límites, a saber: la belleza del lenguaje epitalámico, se ayunta con los *sensus* de la Escritura para proclamar el amor de Dios con palabras de hombres y mujeres. Hasta ese don se alarga la belleza de la divina humanización de Cristo Jesús.

Final de capítulo: la parada en plegaria parte ahora de un texto de Guillermo de Saint- Thierry, autor bienquisto por Battaglia. Y se nos adjunta otro texto de santa Isabel de la Trinidad (1880-1906). Un texto de creyente y de mujer, por la lucidez y por los afectos.

El capítulo tercero se aboca de lleno en los sentimientos de Jesús. Es capítulo central. Un apoyo significativo, al mismo comenzar, lo halla en Benedicto XVI en una audiencia general (1- 6- 2005). El punto de partida, en el propio Papa, es el himno cristológico de Filp. 2. En el plan de Dios está ese anonadamiento impresionante que significa salir del Padre y acampar junto a nosotros. He ahí el máximo ejemplo, del cual irán saliendo los sentimientos hacia el Padre, las ternuras, la obediencia a éste, la pobreza, los sentimientos hacia la gente, las bienaventuranzas (compasión, misericordia, quién es mi prójimo), sentimientos hacia los discípulos, etc. En otra audiencia (26- 9- 2005) el Papa se explaya por la parte de la belleza:

“Imparare a sentire come sentiva Gesù; conformare il nostro modo di pensare, di decidere, di agire ai sentimenti di Gesù. Prendiamo questa strada, se cerchiamo di conformare i nostri sentimenti a quelli di Gesù; prendiamo la strada giusta”.

Cierto que la perspectiva y el lenguaje es parenético, pero queda en alto que no hay asimilación real a Jesucristo sin que nos contagie a pie quedo su belleza.

Este comenzar al paso de caminos trazados por el Papa actual (pp. 99-101) ya había sido tocado por Battaglia en la revista *Ricerche teologiche* del 2008. Véase el artículo *Elementi di cristologia spirituale nel libro Gesù di Nazaret di Joseph Ratzinger/ Benedetto XVI*. El Papa había expresado en su libro *Gesù di Nazaret* (año 2007) bastantes líneas que se enderezan hacia nuestras consideraciones de los sentimientos:

“Chi legge con attenzione il testo di Matteo si rende conto che le Beatitudini sono come una nascosta biografia interiore di

Gesù, un ritratto della sua figura. Egli, che non ha dove posare il capo (Mt. 8, 20), è il vero povero; egli, che può dire di sé: venite a me perché sono mite e umile di cuore (Mt, 11, 29), è il vero mite; è il vero puro di cuore e per questo contempla senza interruzione Dio. È l'operatore di pace, è colui che soffre per amore di Dio: nelle Beatitudini si manifesta il mistero di Cristo stesso, ed esse ci chiamano alla comunione con lui”.

La conclusión se evidencia: el discípulo de Jesús accede a la gracia de compartir, a la relación de intimidad con el Padre, y a la par, a llenarse del Espíritu Santo. La máxima estética teológica, pues. Apuntando a esto precisamente, ha querido Battaglia basar los sentimientos de Jesús en Filp. 2, 5. Acoge con fruición ese texto y lo analiza exegéticamente con citas de biblistas pertinentes, conocidos estudiosos de la epístola a los fieles de Filipos (Buscemi, Aletti, Cuviller, Fabris, Heriban, y otros). Lo que queda clarificado se resume así (pág.105):

“Pertanto – presso atto che, oltretutto, nella cultura greca *phren* si riferisce spesso all'intelligenza o all'atteggiamento interiore che si contrappone alle emozioni indeterminate – si può asserire che la maturità affettiva è legata alla stabilità dei sentimenti. Precisamente, si tratta di quei sentimenti che informano e motivano l'agire secondo un progetto esistenziale orientato al conseguimento della realizzazione definitiva di sé, cui la persona umana aspira ed è chiamata da Dio.”

Corren, de seguida, por aquí seis páginas (pp. 107- 112) muy queridas de franciscanos, por cuanto tienen de fundamentos. Hablamos de Jesús pobre, de esa elección generosa del Señor Jesús. El texto bíblico que nos guía ahora es el de 2 Cor 8, 9: *Conocéis, en efecto, la gracia del Señor nuestro Jesucristo: siendo rico, se hizo pobre por vosotros, para que vosotros lleguéis a ser ricos por medio de su pobreza.* Un texto cuyo contexto es la recolecta que se está haciendo en Corinto a favor de los pobres de Jerusalén. A Pablo se le había pedido, en la segunda visita a esta ciudad, que se empeñara en ese gran servicio. Y lo hacía con bramas. Pablo cimienta la fe creyente aquí en la actitud de Jesús: quien era rico se hizo pobre. Con un fin: para enriquecernos. Es decir, para conversión y desnudez interior de nosotros en un mundo que se pirra por la riqueza. La belleza, pues, ya no radica en las riquezas, ni en los cánones de belleza de boutiques y de marcas caras en Tiffany o Via Condotti. Es otra la belleza. O yo soy muy

crítico, o yo compruebo con pena día a día que se saca escasa paréntesis cada vez que textos de esa laya recorren la teología y las homilias. Una relectura del Jesús pobre (y por lo mismo de un Francisco pobre) debe llevar una carga de cielos nuevos y tierra nueva que es imposible sin una teología de liberación. Sólo por reticencias, puedo explicar que en las misas se hable poco de eso, y en libros de teología tampoco. La impresión es que casi da repeluz citar a teólogos de la liberación, ni a pie de página, ni en bibliografías finales. Y la verdad es que la espiritualidad y la contemplación de la pobreza de Jesús no se *conforma* con la pobreza que mira al solo ego, sino, a la par, a la que toca tierra. El mártir Ignacio Ellacuría decía, en un contexto avasallante de pobreza *salvadoreña-salvadora*, que “no hay cielo sin tierra”. ¿Se puede decir que no hay un Jesús pobre a la derecha del Padre, llevado por el Espíritu Santo, sin un Jesús pobre, y encarnado con sentimientos de pobre, que habla al Padre con la fuerza del Espíritu y le dice *Abba*, Padre de todos, en especial de pobres que esperan el reino de Dios, y que muestra su rostro de belleza precisamente en el rostro de los pobres de este mundo? De hecho, las dos páginas (110-111) sobre “Una metáfora de la muerte de cruz” nos sitúan ante la riqueza revelada por la pobreza. La muerte y muerte de cruz es un alargamiento de esa desnudez total que el Hijo quiso para sí mismo, desde que estaba en el mismo seno del Padre y desde que la puso en práctica apenas pisó la tierra. La pobreza, en efecto se asimila – por comparanza- con una suerte de morir a sí mismo y a este disparatado mundo donde el desequilibrio crece, “los pueblos ricos gozan de rápido crecimiento, mientras que los pobres se desarrollan lentamente” como anunció ya la *Populorum Progressio* de Pablo VI (marzo de 1967).

Battaglia apunta con tino a todo esto, a propósito de las bodas con el Cordero (pp. 88-90). Todo cristiano llamado a esa boda es llamado a una unión sponsal en cuerpo y alma. El cuerpo de Cristo está en los otros que pasan necesidades. “Lo hecho a uno de estos a mí me lo hicisteis”. Mt. 25, 40 nos obliga a ese juicio radical ante este mundo, y en el que seremos juzgados de ese amor, que es la belleza suma de la boda con el Cordero. Juicio y boda se afectan en tensión dialéctica. La aplicación de la metáfora sponsal – escribe nuestro autor- no puede llevar a justificar una práctica de la vida espiritual guardada en sí misma, replegada

“entro un rapporto esclusivamente intimistico con Dio... Al contrario, l’amore educato dalla sensibilità sponsale rende disponibili ad accettare i rischi, le fatiche, il martirio proveniente dalla scelta di condividere la missione ecclesiale posta al servi-

zio della missione salvifica attuata dal Signore Gesù... Quindi, l'amore sponsale genera progressivamente la coraggiosa accettazione di vivere dentro la storia, di essere solidari con i fratelli e le sorelle che soffrono e sperano, di affrontare trasformazioni che travagliano la società contemporanea, sia dal preoccupante dilagare della violenza e dalla caduta dei valori" (pág. 89).

Es esencial en este capítulo tercero todo el párrafo cuarto (pp. 113-126), es decir, los sentimientos de Jesús hacia el Padre: entrega, confianza, obediencia. Lo cual significa, *pensar según Dios*, no según Satanás. A Pedro le llama tal por tener pensamientos solo carnales (Mc. 8, 33). De ahí el primado de Dios tanto en la misión como en la plegaria. El *Padrenuestro* es el ejemplo sublime de los sentimientos filiales. Y orar es velar junto a Jesús (Mt. 26, 40-41). Advierte aquí Battaglia algo muy programático para hoy, visto un material como el Evangelio de Marcos. Reza así: Jesús sabe alternar la compañía con los discípulos y la gente (esa inmediatez enervante) con el retiro y la soledad que pone la plegaria amorosa con el Padre. Son dos polos que se tocan, y que rinden servicio prudentísimo a una pastoral con fundamentos enraizados en Cristo. Ahí ha querido nuestro teólogo franciscano encastrar todo el capítulo de la Pasión: la *hora* de ésta, la agonía de Getsemaní, la crucifixión, el abandono, la extrema desnudez y pobreza que es la muerte (recordemos los lazos y comparanza de ambas). Salen acá y acullá líneas muy bellas, muy meditadas. A mí me han impresionado las que rozan la lectura pneumatológica de la muerte de cruz, es decir, cuando todo parece estar privado de todo. Es verdad que la gran alienación es la muerte. A no ser que se entre en el misterio de Dios que subyace bajando a ella. Jesús de Nazaret, desnudo, vilipendiado en un patíbulo vergonzoso, recibe el don de Dios, el Espíritu Santo. En virtud de éste afronta la muerte, que es la *kénosis* de toda su corporeidad, la tocada por su madre y por otros. Y esa misma *kénosis* (he ahí lo increíble-creíble) por el mismo Espíritu será levantada, resucitada, hasta los cielos nuevos y la tierra nueva, vencedora de todo vilipendio. Esa es nuestra fe tremenda, pero hermosa mucho. Y ya que estamos dentro de la belleza teológica de la muerte, recordemos los versos del poeta franciscano Fermín María: *Baja, hijo mío, / baja a redimirte y a redimir la tierra. / Es necesario, sí que la atraveses, / que recorras su abismo, su miseria / (...) Yo, tu Padre, te espero con la túnica blanca de los justos / y el cordero pascual de mi presencia* (cito casi de memoria).

Dentro de *los sentimientos de Jesús hacia la gente* (pp. 126-135) se nos lleva aquí a una indagación a partir de las Bienaventuranzas (indicación que daba Benedicto XVI, recordemos). Desde aquéllas nos vamos reconduciendo a riquísimos hontanares: sentimientos de compasión, de ternura, de misericordia, de humildad, de pacifismo, de acompañante y escucha (como acaece con la Samaritana). Un subtítulo se compone con justeza: “En Jesús, Dios se hace próximo de quien está en necesidad” (pág. 131). Miren con qué buen solaje de parábolas:

“In sostanza, il Regno è un dono che Dio riserva a tutti. Ci sono però dei destinatari privilegiati, persone che pensavano di non esserlo, che non avrebbero mai immaginato di poterlo diventare. A differenza di alcuni che ne avevano diritto ma poi, di fatto, lo hanno rifiutato, ci sono stati altri che hanno ricevuto un beneficio insperato, che da ultimi sono diventati primi, e lo sono diventati solo perché è stato Dio a deciderlo, a sceglierli.”

Y, en fin, respecto a los sentimientos para con sus discípulos y los Doce, la llamada es a un *sequere me* radical. En especial referido a la pobreza, porque abre el corazón a la verdadera riqueza. Razón: no se puede servir a dos señores. (Mt. 6, 24). Los valores del Reino no son posibles sin plantarse de cara a la pobreza. Razón de nuevo y esta vez por la *via pulchritudinis*: de ahora en adelante en ese Reino el despojado es el desposado. El mismo Señor Jesús, que es el esposo, quiere una Iglesia despojada. He ahí el esplendor de la gloria. Por cierto, sabiduría escondida a los *listos* y *titulados* de este mundo y revelada a los sencillos y pequeños (Mt. 2). Gracias Padre por esta revelación. Y Battaglia ahora pone el acento en que el poder del dinero y los bienes terrenos ejercen una fuerza sobre el ser humano que lo abocan a sentirse dominado de por vida. De ahí Mc. 10, 25: *es más fácil que entre un camello por el ojo de una aguja que un rico entre en el Reino de Dios*. El sentimiento con el joven rico al que invita a lo más alto (la belleza que cautivará a Francisco de Asís con la pobreza como alforja), resulta un resquebrajo del joven. *Poseía muchos bienes*, acota Marcos (10, 22).

La contemplación usual, de final de capítulo, esta vez corre de la mano del *Diario* de Christophe Lebreton, el monje de Tibhirine (pp. 144-146). A manera de un largo poema lírico, el monje (asesinado con sus compañeros en 1996) desea despojarse de sí, dejarse ir, entregado a Cristo. Con voz breve: “staró zito in te”. Merece meditar esa historia salvífica de nuestros días.

Recapitulemos las casi 150 primeras páginas de la obra de Battaglia: el primer tranco, se tituló, no en vano, *Un proyecto teológico y formativo*; el segundo, *Venid y ved. La vida en Cristo. Experiencia y conformidad*; el tercero, *Entrar en los sentimiento del Señor Jesús*. Veamos lo que sigue.

3.- *Admirar la belleza del Señor Jesús; andar en comunión con María Virgen; la belleza de la santidad cristiana.*

Son estos los títulos de los tres trancos capitales que nos restan. Vuelve a unirse admiración y belleza, a través del capítulo cuarto, pero insistiendo en que la belleza procede del amor, o que la belleza es algo que conquista y llama la atención; o que la belleza encierra y dona la salvación. Dios es belleza. San Agustín dirá en sus *Confesiones* que es *Hermosura de todas las cosas hermosas* (Libro III, capº VI). De ahí que el capítulo cuarto vuelva los ojos atrás: *admirar* la belleza del Señor Jesús comporta nuevas reflexiones envolventes. Veamos: la belleza proviene del amor (pp. 151-154). Se han agarrado a tales reflexiones del salmo 45, 1- 2 muchos autores desde la época Patrística hasta hoy. ¿Por qué? Exactamente porque se trata de un poema nupcial, que pertenece a los salmos de entronización real. Buscan –mesiánicamente– exaltar la belleza del Señor Jesús. Oigámoslo: “Gozosas palabras me surgen del corazón: yo proclamo al rey mi poema; mi lengua es como pluma de escribano veloz. Tú eres el más bello entre los hijos de los hombres, en tus labios se ha derramado la gracia”. El Pontificio Consejo para los laicos, en 2007, ya destacó ese texto (en un artículo de C. Schönborn) en la obra titulada *La bellezza di essere cristiani. I movimenti della Chiesa*. Este autor destaca que el salmo no quiere decir que Jesús marcaría, como si tuviéramos preestablecido un canon estético de belleza, el más perfecto modelo, sino más bien que es “el manantial de toda belleza humana”. Por otro lado, el amor a su Iglesia nos lo proponen los evangelios en la figura de Buen Pastor, que da la vida por sus ovejas. Al pie de la letra, dicen el *bello pastor*. (Jn. 13, 1), y hablan ahí de su generosidad oblativa con tal de salvar a quien anda en peligro. Ya se dijo, en el capítulo tercero, bastante de

NOTA. Se ha traducido al italiano una obra bajo el título de *Il soffio del dono. Diario di fratel Christophe Monaco di Thibhirine* (Messaggero, Padova 2001), y existe, entre otra literatura, la de M. Susini: *I martiri di Thibhirine. ‘Il dono che prende il corpo’*. Ed. Bologna 2005. En España, se ha leído de esto menos, y quizás se ha visto más la película estremeceadora de Xavier Beauvois: *De dioses y de hombres* (gran premio del Jurado de Cannes, 2010).

la Pasión, y de la muerte de cruz como deshojamiento para dar más amor. La muerte de cruz como metáfora. En esa línea esta vez la metáfora crece, con el bello pastor, a guisa de parábola.

Lo que nunca decae es que Jesús revela la bondad, la verdad y la belleza de todo lo creado. Más: él lleva impreso en sí mismo toda esa belleza, asumida. Y Juan de la Cruz presenta esa asunción como creación de un mundo nuevo, en un texto que Battaglia reproduce con fruición. El santo carmelita escribe que en la sola imagen de su Hijo, Dios contempló todas las cosas, igual que al principio de los tiempos, como si viera *lo que había hecho y vio que era muy bueno*. (Gen. 1, 31). Todo es amor, por tanto, en el corazón que contempla. Aquí el profesor esparce al paso la semilla: “Inoltre, l’amore di Cristo è luminoso, ha uno splendore che affascina. Amore e luce sono connessi, legati armoniosamente l’uno all’altra, nel senso che Cristo diffonde il suo amore, invita all’amore, si dona per essere accolto”. (pág. 152). Prosiguiendo en ese entusiasmo lírico quedan las páginas 154-156 bajo este subtítulo: *Una belleza que llama y conquista*. Es lenguaje que rezuma *Cantar de Cantares* hasta en el uso de *conquistar*. En castellano ese vocablo va inculturado, quizás de amor que se consigue horas arreo *empeñándose*, pero de haber sido, a la par, capaz de *atraerse* a esa persona que se ama. No hay amor sin atracción buscada. Los fragmentos del evangelio con la resurrección por medio y con Jesús y María Magdalena en diálogo viven de esa atracción: “Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?” Es precioso que la llame por su nombre, y ella lo reconozca aun en momentos en que todo parece cambiado. La verdad es que nada ha cambiado. Él amorosamente le limpia las lágrimas. Todo prosigue transfigurado, glorioso. El amor es el signo de la gloria. Solo el amor que transfigura es amor verdadero. María es la mujer de los evangelios que mejor encarna a la esposa del *Cantar de Cantares*. Dice ella: *lo reconocería entre diez mil* que hubiera. Quizás, por ello, el pueblo fiel la veneró desde siempre, se identificó con ella la religiosidad popular. Fino olfato del *sensus fidelium*. Quizás, por eso mismo no falta en las procesiones de Semana Santa en España. Se aparece el Señor Jesús a ella, la primera, y la envía a dar esa buena nueva. Toda una declaración de amor.

Precisamente, revelar al Padre es el destino de toda belleza (pag. 156-160) ya que él es belleza suma, pero no olvidemos lo dicho por Jesús: el que me ha visto a mí ha visto al Padre. Toda cristología es una revelación del Padre. Y a tal cristología, tal eclesiología. Dime qué teología vives y te diré en qué eclesiología te mueves. Desde la encarnación, fortalecido por el Espíritu, cuando la Virgen lo concibe, empieza a llevar las señales de belleza de su ministerio mesiánico. Señales, impresas en su persona, que tanto

cautivan. Oír, bien recitados, bien cantados por músicas distintas, los villancicos de nuestro Siglo de Oro ponen cariño al Nacimiento, a la cuna. Lope de Vega: *Soles claros son tus ojuelos bellos/ oro los cabellos, /fuego el corazón*. Insisto en que hay que añadir a toda cristología, el *sensus fidelium* de la fe popular, la experiencia del pueblo llano en su celebración estética, con expresiones muy propias, no siempre idénticas a las de una teología culta.

A su vez, oración y belleza van juntas. Uno de los bellos sentimientos de Jesús ocurre cuando le piden los discípulos que les enseñe a orar. Debió llenarse de estremecimiento por ese gozarse en el Padre, y contestó con el *Padrenuestro* como palabra definitiva.

Otro aspecto que nuestro autor recensionista (pp. 160-164) es que la *belleza libera y dona belleza*. Unir ahora belleza y soteriología es todo un acierto, no por esperado, menos intenso. Todos los sentimientos del Señor Jesús reenvían a la liberación, son sanadores. El tacto sentido en su vestido y cuerpo de la mujer que le toca para suplicarle, el ciego de nacimiento, que lo vuelve a ver de otra forma quizás muy distinta de cómo se lo había figurado sin vista, el paralítico de la piscina probática, la viuda de Naím, y tantos otros protagonistas de salvación, portan la belleza de liberar de injusticias, de sacar del mal abundancia de bien. *De las espadas arados y de las lanzas podaderas*. Y ¿qué es esto de dar belleza a la belleza misma? San Agustín nos lo contesta trayendo a colación la primera Carta de San Juan (4, 19): *Nosotros amamos porque él nos ha amado antes*. Digamos que la belleza es un contagio, como su contrario el mal es una peste; del mismo modo que Satán es el personaje antagonista de Cristo. El contagio de belleza de un cristiano procede de la comunión sentida con Dios Trino, pero todo lo bello no se queda en sí mismo, sino que resucita en los otros de por vida. Agustín de Hipona nos dice que *diligendo pulchri efficitur* y que “cuanto crece en ti el amor, tanto crece la belleza. El amor es, precisamente, la belleza del alma”. Las glosas que en estas páginas se nos hacen a propósito de la mujer pecadora (Lc. 7, 36-50); o de la mujer curada de una enfermedad que la había vuelto un adefesio, y así llevaba 18 años; o con ocasión de la unción en Betania, antes de la Pasión (Mt. 26, 6-13) son sagaces y hermosas. Contagian no solo a una lectora, sino a cualquier persona afinada en sensibilidad. De Betania (con María, con su ternura, su dedicación) dice nuestro teólogo que “se presta a una interpretación estética” (pág. 163) por dos razones: porque vivimos ahí un ámbito de tonos afectivos; y porque el aceite perfumado, los pies descansados tras una caminata, el nardo, la belleza del momento, el sitio placentero, ponen todo a su favor. Somos hijos de la pintura que hemos mamado, a no dudarlo, pero era estética, gracias a Dios.

Este capítulo cuarto se encamina a su fin quizás con el libro de la Biblia que más veces habrá salido por estas páginas. Me refiero al *Cantar de Cantares*. Ahora, por el caudal de un comentario de Orígenes (pp. 165-169). Y se nos explica esa atracción: Orígenes ha contribuido notablemente, en la historia de las letras cristianas, a la reflexión teológica y espiritual acerca de la unión esponsal entre el Verbo hecho hombre y la Iglesia, y entre el Verbo y el alma en matrimonio espiritual. El autor diferencia amor carnal (*eros*) y amor espiritual (*caritas, dilectio*). El alma, con su amor y su deseo, habida cuenta de la belleza y la gracia del Verbo, se ha prendado del aspecto de éste, pero ha recibido a cambio un dardo, una herida de amor. Oiremos ecos de esto en el dolor que da la ausencia en boca de la esposa del Cantar, dicha por Juan de la Cruz (“mira que la dolencia de amor, que no se cura sino con la presencia y la figura”), o en el dolor y herida imponente del amor transverberado de Teresa (con Bernini y la belleza dramática al fondo). Lo describe la santa, visionalmente, como si la sajaran y con gemidos inenarrables ante aquel ángel “hermoso mucho”, flecha en ristre.

La contribución de San Buenaventura (en especial en sus *Opúsculos espirituales*) proviene de su exactitud terminante: lo que es bello, si no hay amor no es bello. Traerlo a la palestra ahora (pp. 172- 176) tiene su razón de ser: en el Doctor Seráfico la simbología esponsal es un aspecto que surge a cada trecho. Se trata de un aspecto transversal de sus escritos, sin el cual se encontrara descuadrado. Únase a esto el perfil de su teología, que es siempre afectiva, y consecuentemente su aplicación de los cinco sentidos espirituales en analogía con los cinco sentidos corporales. La vista y el oído se encastran con el conocimiento intelectual; el olor, el gusto, el tacto con la afectividad.³ No podemos recensionar aquí otros aspectos bonaventurianos en relación a estética teológica, por mor del espacio. Recojamos, empero, esta conclusión de Battaglia para lo que ahora importa: que la concepción bonaventuriana posee una eminente peculiaridad cristológica, y que la actividad de los sentidos espirituales se concentra preferencialmente en el Señor Jesús, deseado y amado como esposo crucificado. En la mente del santo, las funciones de los sentidos se desenvuelven como mediadoras. O si se quiere como vía, o como escala que los conduce hacia Dios. Recordemos el modo de vía creciente que usa en el *Itinerarium mentis in Deum*, especialmente en el capítulo cuarto, que actúa de gozne, y en el que se encuen-

³ Así F. M. Teoldoli: *La dottrina dei cinque sensi spirituali in san Bonaventura*. Roma 1999. También del mismo autor, véase: “Sensus spirituali”, en *Dizionario Bonaventuriano*. Padova 2008, 718- 731.

tra una reflexión, si bien breve, de mística nupcial. Y recordemos, en fin, las páginas del *Oficio de la Pasión del Señor* (“texto de rara belleza”, expresa Battaglia). “La plegaria lleva consigo la adhesión amorosa a la voluntad del esposo y un conmovido sentimiento de reconocimiento” (pág.175).

Al final de capítulo, y como siempre, entramos en contemplación. Esta vez, bajo el lirismo de un poeta actual italiano: D. M. Turolto en su obra *O sensi miei*. Son poesías de 1948 a 1988. Hablando de sentidos, un primer poema, se refiere al oído. Mejor: al silencio que deja oír otras voces interiores. Un segundo poema, comienza: “Oppure cantare solamente/ cantare! /Dire che sei tu/ il senso sconosciuto delle cose...”

Un capítulo como el quinto (pp.181-206) era de esperar en un mariólogo convicto, y presidente de la Pontificia Academia Mariana Internacional. Está dedicado enteramente a María (*Ecco tua Madre!*). De salida, se acoge al melifluo San Bernardo. En uno de sus sermones de la Virgen éste la llama *acueducto* (por su función mediadora). El Padre se la dio por Madre a su Hijo (como don), y éste nos la dona a nosotros – dice el santo de Clavaval- “si no como es en sí misma, al menos en la medida de la cual somos capaces nosotros” (pág. 181). Casa de perlas con esto la salutación del sencillo Francisco de Asís, quien exclama: “Ave, Señora, santa reina, santa engendradora de Dios, María que eres virgen hecha Iglesia”.

María es, por tanto, modelo insuperable de la contemplación de Cristo (pp. 182- 184). En octubre del 2002, casi como complemento de la Carta Apostólica *Novo millennio ineunte*, Juan Pablo II dedicó al Rosario sentidas páginas. Se trataba de contemplar el rostro de Cristo en compañía y según la escuela de María. Razón: dice el Papa que a esto “nadie se ha dedicado con tanta asiduidad como María”. Ahí se nos ofrecen estos puntos de meditación creciente: recordar a Cristo con María; aprender de Cristo con María; conformarse a Cristo con María; suplicarlo y anunciarlo con María. Por medio de la Madre de Jesús y Madre de la Iglesia, ella nos introduce en el conocimiento de su Hijo. Ir recorriendo – con el Rosario- los misterios de la vida de Jesús, sentados en las rodillas de la Virgen (tal a como hacíamos en las de nuestras madres) es modo indiscutible de contemplación de amor. Es sabido que una de las claves del rosario, tan recitativo y repetitivo, predispone a la dimensión contemplativa, según expresa la exhortación de Pablo VI *Marialis Cultus* (47). Un modo de contemplar, por cierto, vivo también en otras religiones.

Entre esos misterios de la vida de Jesús pp. 184- 189) nos pone Pablo VI cuatro aspectos para meditar: 1.- La Virgen está a la escucha de la Palabra de Dios. 2.- La Virgen está en oración. 3.- La Virgen es madre. 4.- La Virgen se presenta como oferente. Battaglia se detiene ahora un tantico en

cómo María acoge al Hijo de Dios en la Historia. El texto guía es Lc. 1, 26-38. La Anunciación, el nombre que el ángel le dona (*llena de gracia*), la intervención de Dios hecha y acabada (pretérito pero no imperfecto verbal) en María, el hacerla guapa a sus ojos con la guapeza interior que la plenitud da asida a toda belleza (*Tota pulchra*). Y sobre todo, que todo esto traiga consigo meterla en la Historia de la Salvación, con una descendencia que se llenará de hijos suyos y hermanos de Jesús. He ahí, de nuevo, la suma belleza, porque el Padre lo ha querido, con el aliento vivificante del Espíritu Santo. Recordemos de nuevo tantas pinturas clásicas de esto con María bajo el arco de la Santa Trinidad.

A su vez, María es la mujer de corazón humilde y sabio. Es sabiduría que con frecuencia queda escondida a los prepotentes de este mundo, pero se revela a los humildes que son mansos y humildes de corazón. He ahí la estética de la sabiduría, que se deja instruir por Dios. El reenvío es rápido: a tal Madre, tal Iglesia, siempre que ésta se alimente de la Palabra. Ese aprender de María no puede divinizarse (María no es Dios), con menoscabo de la experiencia personal, corta, llena de flecos del vivir diario. Pensemos en momentos marianos difíciles de un parto ocurrido en pobreza; pensemos en situaciones que ella apenas puede captar (el Niño perdido y luego entre los Doctores); actitudes del Hijo, y el qué dirán de él por los pueblos de Galilea, puesto que no resulta una persona vulgar como tantas; y en fin, el dolor de la Pasión: qué entender de que lo cuelguen de una cruz, qué entender de la Resurrección. La vida como misterio. La vida como sabiduría que sale del misterio. Acontece, con cierta frecuencia entre cristianos, que la *divinización* de la Virgen Madre, aun de buena fe, oscurece la historia real, efectiva de María. Cierta religiosidad popular debería pensárselo. Y cierta iconografía también.

Existen aquí unas breves páginas (pp. 194- 197) cuyos títulos son estos: uno, *María al servicio de la gloria de Jesús y de la fe de los discípulos*; y otro, *La compasión y la maternidad espiritual de María*. Son iluminadoras. Veamos: toda la *sequela Christi* en María se culmina cuando *Stabat Mater juxta crucem*, es decir *dolorosa*, aniquilada interiormente *dum pendebat* de la cruz el Hijo. Recordemos cuando ese canto, en contemplación, nos inundaba la juventud seráfica. La Maternidad hasta la muerte, y muerte de cruz, se coaligará en María con la Misericordia: *Mater misericordiosa* reza el pueblo llano. Pero quien da misericordia recibe misericordia. En un sermón dominical, San Buenaventura describe a María como la mártir al pie de la cruz, sintiendo lo que Cristo sentía. Y pronuncia de María el santo estas expresiones: “*Questa bellezza che veniva dall’innocenza impallidiva; sembrava persino perdere la naturale bellezza perché su di lei si riflettava la*

somiglianza che le veniva impressa dal corpo del Figlio che aveva davanti agli occhi” (pág. 197). Ciertamente, la nueva maternidad de María, fruto del amor, maduró al pie de la cruz. Y lo hizo mediante la participación en el amor redentor del propio Hijo. Esa maternidad, a su vez, es la que nos hace participar (son bienes de la Madre) de su misión, de su herencia. María es la mujer de los tiempos nuevos, que cruza *vestida de sol* por el Apocalipsis (12, 1). Ella es, además, el tiempo de la mujer en la Iglesia de la renovación. La historia lo dirá bajo la potencia del Espíritu. Espera y esperanza.

Con dos grandes trazos de María se despide este capítulo. Uno, se resguarda cabe la *Tota Pulchra*, santo y seña de franciscanos.⁴ El Cantar de Cantares nos valga de nuevo. Aprovecha Battaglia para explicar ahora la *via pulchritudinis* en Mariología, y lo hace lógicamente ante la *Tota Pulchra*, a sabiendas de que él mismo y otros teólogos han abundado en el tema. Aquí las notas a pie de página, tan atinadas, nos lo muestran someramente (pp. 198- 99). Resumiendo mucho, por tanto, se nos enseña que la mentada vía de belleza ha pasado de ser un mero instrumento pastoral a un instrumento de investigación teológica. Y esto por un lenguaje propio, como es el simbólico que asume la intuición poética, la inspiración artística, y que en definitiva llena muchas disciplinas artísticas, ya demostradas, y en una manifestación cultural muy plural. La misma liturgia recoge parte de esas disciplinas. Un tema no sólo rico, sino esplendente, pienso yo, por lo que tenga también de futuro en una Iglesia de iglesias, al servicio del mundo. Con razón Pablo VI recordaba (16 junio 1975; VII Congreso Mariológico Internacional) que además de la vía de la verdad, típica de la especulación bíblico-histórica-teológica (para especialistas), hay otra más accesible a todos: la de la belleza.

Se aprovechan estas páginas, en fin, para hablar brevemente de la Inmaculada, que es “glorificación de la Madre de Dios” (pág. 200). Y se hace otro tanto con el *Magnificat*. El autor nos pide “abrir el corazón a la alegría inspirada del *Magnificat*”. Tal alegría es un fruto pascual. Jesucristo resucitado alarga por el Espíritu su presencia. Él os dirá cuanto tengáis que decir.

⁴ Algún día habrá que dedicar un opúsculo a lo que significa en el espacio conventual franciscano, el sitio de la *Tota Pulchra*, y el patrimonio espiritual que acarrea, el intimismo, la fraternidad en la formación habida. A la vera de sus escaleras nos hemos postrado, durante siglos, generaciones. Era una formación entre belleza, afectos, teología espiritual, arte, vistas las paredes pintadas, la iconografía, y cuadros que presidían lugar tan emblemático. Y las músicas a coro. Recordemos, en pie todavía, nuestra zona del Sureste español, como un mini paradigma: Cehegín, Hellín, Orihuela, Lorca (S. Francisco y las Huertas), Jumilla, etc.

Algo muy bien dicho es el *Magnificat*, la exaltación de los humildes, la caída de los poderosos y caída de su tronío. Surge inmensa la belleza renovadora que de ahí brota. La estampa bíblica de la visitación de María a su prima ya en sí misma es un acto de servicio, *la gloria de servir*, que ha dicho el franciscano conventual S. Perrella (pág. 204). De hecho, el *Magnificat* es un canto al servicio individual y colectivo.

Al recogerse, por fin, en la plegaria final de capítulo, nos tiene preparada el autor una mesa de banquete espiritual: dos poemas de S. M. Turollo. Uno: *Sin él*. Otro: *Iglesia que escucha y camina*. Y otro: de la encíclica de Benedicto XVI *Deus charitas est* (una oración poética a la Virgen Madre): *Santa María, Madre di Dio, /tu hai donato al mondo la vera luce...*

El sexto y último capítulo de la obra se titula: *La belleza de la santidad cristiana*. He aquí dos notas substanciales: por una parte, la presencia del Señor Jesús se interioriza, y por tanto genera una transformación en las personas; transformación *a imagen y semejanza* de ese Señor. Por la otra parte, genera y alumbraba un actuar moral, fundado en el ejemplo que nos ha dado (Jn. 13, 15-17). Todo ello produce la componente estética de la vida cristiana. Entre cristología y vida espiritual los puentes son manifiestos (pág. 207). La belleza llega a los cristianos compartiendo sentimientos del Señor, compartiendo su estilo de vida. Brota así la santidad. O el deseo de ella, si éste es auténtico. El *desiderio* ya es un don de la gracia; ya es belleza por sí solo. De ahí se sigue que este capítulo tenga una estructura formal un tanto distinta de los demás, porque vamos a ir recorriendo unos cuantos trancos de testimonios de fieles creyentes en distintas épocas. Todos cargados de sed de eternidad, gracias al Espíritu Santo que no cesa de henchar el velamen de la barca, que es la Iglesia. *Duc in altum*.

El martirio sería una primera prueba. La *Lumen Gentium* (42) la llama “prueba suprema de santidad”. Si el sacrificio es modelo de todo martirio, según el Misal Romano (en la oración de la Oferta del Común de Mártires), quiere decir que el Cordero inmolado (Ap. 3, 14) es el protomártir por excelencia. Los tiempos escatológicos tienen ahí su *Testigo fiel* (Ap. 1, 5). Ya hay uno que ha encabezado el testimonio y tiene la cabeza en la gloria, Jesús el Señor. Le siguen en cola otros muchos, que van entrando. Recuerdo el fragmento aquel de *Diálogo de carmelitas* (Paul Claudel) subiendo ellas a la guillotina. La monja expresa: *Le petit roi est mort. Il ne reste plus que l’Agnus Dei*. Llegan los tiempos de la santidad, de la fidelidad. He ahí las Actas de los Mártires antiguas, y ahí las Actas que no figuran, sumidas en el silencio de la iglesia copta de Egipto que explota por los aires y se lleva vidas de fieles, las Actas que no se escriben de las Madres de Mayo, con sus pañuelos a la cabeza, los escritos de un Diario de una muchacha

que transita por el martirio de un cáncer que la lleva a la muerte. Todo pertenece a la Oferta del Común de Mártires. Hay un silencio en los hospitales que suena a Jesucristo el Señor, una *música callada*. Todo es belleza en el sufrimiento que se transforma en gloria. Me parece de perlas que Battaglia traiga a colación, de nuevo, a los cistercienses asesinados de Thiberine (Argelia, 1996). Lo digo cuando me preparo a tener un cine-fórum con la película sobre ellos en una parroquia de Cartagena.

En páginas siguientes, vemos a Francisco de Asís cantando al Señor. El *Cántico del Hermano Sol* no es otra cosa que la admiración por la belleza de los seres creados. Son luz de Dios, regalos *regalados*. Cuando San Buenaventura, en la *Leyenda Mayor*, viene hablando del *Poverello*, escribe: “Contemplava, nelle cose belle, il Bellísimo e, seguendo le orme impresse nelle creature, inseguiva dovunque il Diletto”. Estas páginas (pp. 211- 219) se convierten en una plática sobre la vivencia de Francisco, cuya participación en los sentimientos del Señor comienza muy estremecida en el beso y compasión con los leprosos (lo recordará toda su vida), y sigue con la participación en la pobreza del *Jesús de la Pobreza* (una procesión en Almería por la Chanca dolorosa), y en la compasión con el Crucificado desnudo, y desnudado.

Otro tramo se para en San Bernardino de Siena: *sentir la Pasión de Cristo*. En una Semana Santa de Florencia, predica el santo esto: “Para sentir la dolorosa muerte de Cristo, hace falta que la fuente de la gracia impetre para nosotros la gracia, sin la cual no es posible que ahora contemplemos un misterio tan doloroso” (pág 221). ¿Dolor y belleza caben juntos? Sí, cuando al fin media la transfiguración. O dicho de otro modo por Battaglia: *cuando las implicaciones típicas del vínculo esponsal se asumen* (pág. 223). Por eso mismo, hacer que pongamos los ojos en Carlos del Foucauld tiene el objetivo de destacar cómo vivió éste la asimilación al Jesús de Nazaret. Su habla es de enamorado, “He aquí nuestras armas, las de nuestro esposo divino que nos pide dejarlo continuar en nosotros su propia vida, él, el único Amante, el único Esposo, el único Salvador y también la única Sabiduría y la única Verdad (...) No encontraremos nada mejor que él, él que no pasa jamás...” (pág. 224).

Los dos últimos testimonios quizás sean menos conocidos de los lectores españoles. El primero se centra en Madeleine Delbrêl (años 1904-1964). Estamos ante una laica que, en medio del trabajo, nos deja una intensa actitud contemplativa. Sus escritos, la mayoría dedicados a sus compañeras de vocación, a los grupos de amigos, y a los amigos íntimos, se adentran en el “misterio mismo del amor de Cristo en una vida construida en torno a él” . Su lenguaje es sencillo, pero quemante por lo rotundo de sus

adjetivos que son deseos (humildad *sensacional*; pobreza *imbatible*, obediencia *imperturbable*). Las vírgenes de la parábola (necias frente a sagaces) le prestan líneas de apertura de puertas *a las bodas de Dios con los suyos*. El segundo testimonio se focaliza en Santa Gianna Beretta Molla (años 1922-1962), canonizada por Juan Pablo II en mayo del 2004. Una joven esposa y madre de varios hijos, cuya profesión de médico, y su muerte a los 40 años, se presenta como nada extraordinaria por de fuera, pero rica por dentro. Estudios, Guerra Mundial, pertenencia a la Acción Católica, madre entregada (hasta la muerte) al dar su vida en el parto, con tal que naciera la cuarta hija. Sus escritos son sencillos, pero de mucha ternura y fe. Concretamente, las cartas a su marido, que han sido publicadas, enganchan, porque son cartas de amor, de proyecto de noviazgo, de mujer y marido, y todo unido a una relación férvida con Dios y con los sacramentos. El marido, ingeniero, por sus cargos en la empresa debía viajar con frecuencia. Lo cual no era obstáculo para mayor unión de esposos. Las 31 cartas, entre abril y junio de 1959, son un dechado de responsabilidad materna y esponsal. Conmueve la naturalidad del amor: “Hoy he vuelto a ver – dice ella- el paseo donde tú me hiciste la primera foto, el hotel Félix. Me hubiera gustado tenerte cerca para abrazarte, besarte con todo afecto, para darte gracias por el amor tan grande que me das, y por todas las alegrías que me has traído en estos tres años”. Lo grande de esa vivencia es su vocación de casada, de esposa, madre, sintiendo que Dios tiene las manos tendidas sobre sus siervos. Pero lo más grande me parece cómo se vive la belleza de la fe como si no se hiciera otra cosa que manifestar los sentimientos bellos de Jesús en los propios sentimientos. No parece haber esfuerzo, ni heroicidad. La utopía de la belleza de los sentimientos se centra, como en pocos sitios, en el sacramento del matrimonio. Lo más natural se convierte en lo más misterioso.

Las dos páginas finales para mantener contemplación se hilan con un texto de Carlos de Foucauld, y con otro del Prefacio de la Solemnidad de Todos los Santos: “es verdaderamente justo y saludable darte gracias... por sentirnos alegres por la suerte gloriosa de estos miembros elegidos de la Iglesia que nos has dado como amigos y modelos de vida”. Y el tercer texto son los *Laudes del Dios altísimo*, compuesto por San Francisco. Ahí las anáforas nos lanzan hacia el *Dios omnipotente, el misericordioso Salvador*: “Tú eres santo / Tú eres fuerte/ Tú eres belleza/ tú eres nuestro amor... grande y admirable Señor”. Atención: el poeta pobre está hablando a su *Altísimo y Omnipotente Buen Señor*. Silencio, se rueda.

4.- *Recapitulaciones*

Al llegar aquí, mi agradecimiento al autor es intenso y extenso, nunca mejor dicho. Por lo primero, me parece un redescubrimiento teológico del que uno tiene siempre entre ceja y ceja, y parece no llegar, pero ahora ahí está. Por lo segundo, son muchas las miradas. Gracias a Dios se abren los campos (los *loci*). Yo he intentado tan solo en estas páginas hacerle un servicio al lector de cristología, en espera de que la trilogía de Battaglia se traduzca al castellano. En fin, los aciertos que me mueven a la alabanza del teólogo y hermano se mueven bajo estos apuntamientos:

1. Creo que los cauces aquí abiertos en cristología aportan sustanciales *complementos* a cursos de teología sistemática que se están llevando a cabo por muchos autores de hoy. Que figure en la colección de *complementos* de la editorial italiana EDB queda como un alivio, pero parece todo mucho más que *complementos*. Al menos, en el sentido de *adornos*, que hoy se hace usualmente de esa palabra en moda femenina.
2. Los temas puede que nunca sean nuevos en nada, pero las formas de tratarlos, sí. Creo que belleza y contemplación es camino de inmenzos provechos frente a la asepsia de otras cristologías.
3. El método seguido preña de Espíritu Santo plurales perspectivas, quizás poco explotadas en otras cristologías. Me refiero a los sentimientos del Señor Jesús, a la fascinación que producen, a la interiorización, a la raigambre del amor perdurable, y al toque esponsal en que se manifiestan, como gozne que abre y cierra. La belleza es campo abierto de amor, en efecto. Nuestro místico del Siglo de Oro Fray Francisco de Osuna decía del amor que era *ensanchador*.
4. El lenguaje de Battaglia aparenta y es sencillo, pero muy rico en los vocablos, literario por doquier, expresivo, lírico más de una vez, encendido. El estilo y la sintaxis son los primeros que quedan fascinados ante Jesucristo. Por eso se transfiguran en bendecir-*biendecir* del Señor Jesús.
5. La Palabra (Evangelios y Cartas de Pablo y de Juan) ponen luz nueva al ser mirados desde otro prisma (el de la estética).

6. Ese modo contemplativo de volver y revolver y recrearse en las reflexiones y afectos, y la mención de la Santa Trinidad, como tres divinas personas, recreándose en la belleza, produce un tono meditativo, insistente. Un modo conocido de mística que va llegando cual orvallo que cala, y recalca en el sosiego.
7. Los testimonios abundantes (aparecen santos *enamorados* de ayer y de hoy) y la proximidad de la literatura, sobre todo poesía (en algunos finales de capítulo: *per sostare in preghiera*) no son solo recurso retórico, sino acompañamiento de belleza sublime. Los santos y los fieles creyentes generan belleza que salva y vivifica, merced al Espíritu que renueva la faz de la tierra.
8. Que la Palabra se haga palabra de un teólogo, fraile menor (una *kénosis* ya de por sí) es para dar gracias. Si encima es un campañero profesor y maestro mío del *Antonianum* mejor que mejor.
9. La línea de esta clase de estudios se ha fortalecido ahora, aunque viene de muy atrás. Hay teólogos de primera nota en este campo. Demos gracias al autor por las notas a pie de página que lo manifiestan.
10. El alcance y renovación que se avecina por esta teología estética más difundida ahora solo Dios lo sabe, pero nuestra espera es esperanza. Dios la haga fecunda, suplicamos. Y aquí pienso tanto en el diálogo ecuménico como en el diálogo con una parte de la cultura postmoderna formada a la vera del cristianismo, pero quizás hartado alejada hasta ahora, y hastiada mucho de un lenguaje teológico cansino. Este no lo es. Doy fe.